

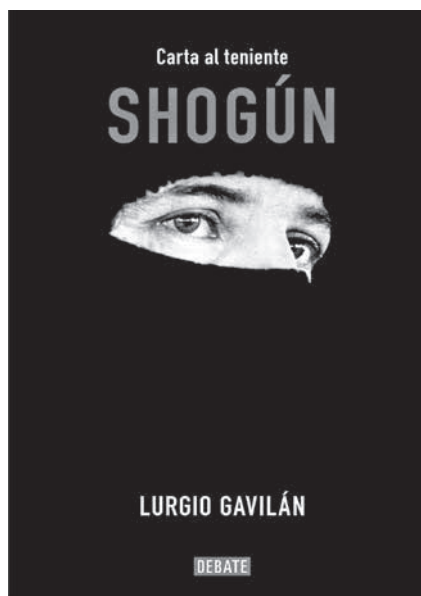
Carta al teniente Shogún

ALEXANDRA HIBBETT

En 2012, Lurgio Gavilán publicó un libro que iba a marcar un cambio definitivo en la memoria cultural de la violencia política de los años 80 y 90 en el Perú, *Memorias de un soldado desaparecido* (Lima, IEP). En él, Gavilán relató su vida desde que salió de su comunidad campesina para juntarse a las filas de Sendero Luminoso hasta llegar a escribir el libro. Al enrolarse, tenía aproximadamente doce años. Sin embargo, lo que más llamó la atención de su historia no era su experiencia como niño-subversivo, sino el hecho de que, luego, fuera incorporado al Ejército como niño-soldado, y aún después, pasara a ser candidato a fraile franciscano y, finalmente, académico de la antropología. Su historia sorprendió porque mostró que una sola persona podía ocupar identidades que muchos suponían excluyentes. Así, las identidades de ‘senderista’ y ‘militar’, en especial, estructuran el relato hegemónico de este período de nuestro pasado, pero Gavilán ha contribuido a que tal relato, fuertemente ideológico, se comience a resquebrajar.

Ahora, Gavilán nos entrega un libro epistolar dirigido al militar —de alias Shogún— que decidió no matarlo al emboscar el pequeño destacamento senderista en el que participaba. En un ambiente donde la matanza se había normalizado, y desde una institución militar que deshumanizaba al senderista, la decisión de Shogún de perdonar la vida a Gavilán, llevarlo a la base militar, darle una educación y regalarle zapatos para reemplazar sus sandalias de caucho, destaca como una excepción inexplicable. Pero Gavilán perdió el rastro a Shogún poco tiempo después de ser rescatado. Nunca le pudo preguntar qué motivó su acto de clemencia. Esa pérdida, esa falta de explicación, también fue traumática.

Podemos ver este libro como un intento por inscribir la decisión de Shogún, y su posterior ausencia, con uno o varios sentidos complejos y abiertos. La premisa del libro es que no solo se trata de una pregunta personal, sino que el acto de Shogún y sus consecuencias acarrea preguntas sobre cómo relacionarnos, como nación, con nuestro pasado reciente. El libro nos figura, entonces, a nosotros la comunidad peruana, como hijos sin padre, o hijos de un padre fallido.



Carta al teniente Shogún

Lurgio Gavilán
DEBATE
Lima, 2019
119 pp.

El texto tiene un estilo que no deja de ser ligero y claro pese a la minuciosidad de sus descripciones y lo literario de muchas de sus expresiones. La cadencia es pausada, el tono calmado y reflexivo. No hay suspenso narrativo. El placer que ofrece es el de un lenguaje que no se apresura para dejar un mensaje claro, ni tampoco sostiene una forzada ambigüedad autocomplaciente. Crea, en el debate tan divisivo y tenso sobre la violencia política, un espacio donde es posible proceder con lentitud y abordar, con el cuidado necesario, varias preguntas complejas: qué es un perpetrador, qué trato merece, cuál es el sentido de recordar. Esa lentitud le permite también entrar en detalle sobre su niñez como campesino: los ritmos de la agricultura, la presencia del narcotráfico, la lejanía del Estado, las relaciones dentro de su familia, la precariedad, las costumbres y alegrías. Se narra desde esa cotidianidad rural, sin ‘otrificarse’ o exotizar a lo andino. Escribe siempre en un español marcado por el quechua, y desde una mirada a la naturaleza que es íntima y cargada de significado, a la vez realidad material y símbolo.

Hace recordar a José María Arguedas no solo por el lenguaje, sino también por ese lugar de enunciación que es a la vez quechua, campesino, moderno y universal, que se esmera en ofrecer al Perú una imagen compleja de sí misma. Además, como el Arguedas de los zorros, al no dejarnos una resolución (las últimas palabras del libro son una petición a Shogún, un ruego sin respuesta), posiciona a sus lectores frente a una historia que les concierne y que aún no ha culminado.

A la vez, es interesante notar que en *Carta...*, a diferencia de su primer libro, está ausente la sensación de fracaso de la búsqueda de justicia social que Sendero Luminoso decía intentar conquistar a través de las armas. En *Memorias...*, junto con la historia de la formación de una subjetividad individual que emergía de las instituciones totales (Sendero, Ejército, convento), había por momentos una pregunta por esa causa justa y un dolor por su fracaso, una rabia contenida por los sacrificios hechos en vano:

Siguen [los campesinos] en la pobreza como en aquella época, no han cambiado económicamente [...]. Si se hubiesen hecho realidad los discursos del PCP [Sendero Luminoso] sobre la igualdad [...] o si el Estado estuviese interesado en los campesinos [...] de seguro estos hombres no estarían arañando estas tierras para sobrevivir como yo he arañado en mi vida para contar lo sucedido (p. 174).

En vez de ese dolor y esa rabia contenida, en *Carta al teniente Shogún* tenemos un aprecio por el presente: la vida que Gavilán pudo vivir gracias a Shogún se configura como una alegoría del «regalo que es esta vida fugaz» (p. 111) para todos. La importancia del trabajo colectivo se encuentra más en el recordar que en la construcción de un futuro diferente. «Pienso que necesitamos hablar y discutir mucho sobre lo que nos tocó vivir. [...] Necesitamos no callar, no silenciar, no olvidar» (p. 111), dice. Así, el futuro, cuando aparece, está alegorizado en la imagen de su «niña de cabellos ensortijados» (p. 79). Es una concepción más intimista, menos política, del futuro que la idea de «justicia social»: un «mejor porvenir para nuestros hijos» (p. 111, énfasis mío).